

35. LA RIQUEZA Y LA PAZ

Óyeme Diosito Santo ¿En cuál colegio era que tu estudiabas? ¿Por qué a unos les diste tanto, en cambio a otros no les diste nada? Esta plegaria vallenata ilustra una situación milenaria que aquí tratamos de analizar a la luz del buen discernimiento.

¿Óyeme Diosito santo en cuál colegio era que tu estudiabas? ¿Por qué a unos les diste tanto, en cambio a otros no les diste nada?... En esta plegaria vallenata se resume el concepto esencial de desigualdad entre los seres humanos, la inequitativa distribución de la riqueza que ha existido en el mundo desde tiempos inmemoriales, que todavía existe hoy en día y que seguirá existiendo. ¿Quién sabe hasta cuándo?

La desigualdad entre los seres humanos con o sin justificación, es una realidad que afecta muchos aspectos de la vida y que amenaza la sobrevivencia pacífica de todas las sociedades.

En la naturaleza es fácilmente observable como los animales compiten hasta morir por el privilegio de alimentarse o de procrear. Cuando se da la escasez del recurso del agua o de la comida, los animales se enfrentan para acceder con prioridad al privilegio de beber la escasa agua disponible o de comer las pocas presas que puedan cazarse en las épocas más difíciles. Toda la agresividad de los animales se exterioriza cuando se trata de competir por los recursos de supervivencia y las disputas se plantean en un todo por el todo. El que gana se alimenta y vive, el que pierde se desnutre y muere.

Este modelo instintivo y primario de los animales, se extiende a sus similares de la especie “homo sapiens”, quienes, a pesar de su desarrollo cerebral y sus funciones intelectivas, conservan los atavismos de su origen en el reino animal. Un ser humano con hambre, puede atacar a otro hasta matarlo por ganar el privilegio de alimentarse y asegurar la sobrevivencia para sí y para sus hijos.

De esta manera las inequidades severas en la tenencia de los recursos, entrañan un riesgo muy grande de violencia en el comportamiento de aquellos que ven amenazada su subsistencia ante la carencia de recursos para atender a sus necesidades más básicas. Por lo tanto, no hay forma de que podamos ignorar, o ser indiferentes a las necesidades de nuestros congéneres, de nuestros vecinos, de las personas que conviven con nosotros en nuestra comunidad, en nuestra región, en nuestro país, incluso en nuestro planeta.

Los sistemas sociales organizados tratan de establecer normas y leyes rigurosas para que aquellos que más tienen, aporten al estado mayor cantidad de dinero, para que este a su vez sea distribuido con prelación a quienes más lo necesitan.

Podemos pensar que la pobreza es el resultado de vidas inmersas en la pereza, los vicios, la ignorancia y la pasividad familiar y social. Podemos pensar en cambio, que la riqueza es un premio a la diligencia, al estudio, al trabajo y a la perseverancia. También podemos pensar que es un asunto de injusticia divina o de adversidades del destino. Cualquiera que sea el origen, la inequidad genera violencia y la disminución de esas desigualdades representa el camino hacia la paz entre los seres humanos.

La equidad se ha tratado de establecer sin éxito, por medios impositivos. La propuesta cristiana en cambio ofrece la siguiente exhortación: Aquellos en la familia, que tienen el privilegio de ser más inteligentes, más sanos y más ricos, han de encontrar la forma de cuidar a sus hermanos menos afortunados y lo harán por convicción, por agradecimiento con la vida, en un acto opcional libre y generoso que será compensado con creces en la dimensión espiritual. Compartir sí, definitivamente sí, pero a las buenas, con amor y convicción. A las malas, no... Así no.